

cierto que muchos prelados que se esperaban no se hallasen presentes; por cuyo motivo, según Rainaldi, el Papa se vió obligado á escribir á muchos Obispos de Francia, los más tardíos, para que se presentasen sin demora (1); y no llegaron al Concilio sino despues de algunos meses de la primera sesion antedicha, siguiendo á Felipe el Hermoso. Un Obispo de Inglaterra, del cual se tenia necesidad, fué invitado á hallarse en Viena, á lo menos por el mes de noviembre. Por consiguiente, el haber dicho que el Concilio fué celebrado en las calendas de noviembre no era un error ni una falta que debiera notarse; y ese pretendido anacronismo de algunos dias, reprochado á Villani, prueba menos su infidelidad que el mal humor de su crítico.

Y en tanto demuestra ese mal humor, en cuanto el P. Bertier acusa á Villani de haber colocado la canonizacion de S. Luis, obispo de Tolosa, en el tiempo del Concilio de Viena, á pesar de que no se verificó sino bajo el pontificado de Juan XXII. Nadie ignora que este asunto lo empezó Bonifacio VIII, siendo continuado por Benedicto XI y Clemente V, el cual comisionó á dos prelados franceses siguiesen las informaciones. Pero aquí es necesario distinguir entre las ceremonias y los procedimientos de la canonizacion. Las ceremonias de esta última las hizo Juan XXII; pero no es menos cierto que los procedimientos, alegatos y exámen se hicieron durante dicho Concilio (2). Para acusar á Villani de que se habia engañado, seria necesario que hubiese dicho y afirmado que la canonizacion habia sido hecha en el Concilio, lo que no dijo en parte alguna.

El P. Bertier continúa diciendo: «En fin, Villani asegura la conclusion de los procedimientos contra Bonifacio VIII durante el Concilio general, cuando se sabe que aquellos fueron terminados algun tiempo antes, cuando Felipe el Hermoso los dejó á la decision y juicio de la Santa Sede.»

Todo esto no impide que dicho ruidoso asunto no fuese suscitado y agitado de nuevo en el Concilio de Viena; y no es extraño, pues es una de las razones por las cuales el Concilio habia sido convocado, como lo prueba un manuscrito del Vaticano, que dice que Clemente V el año anterior habia procurado terminar este asunto, y presentarlo al Concilio general, tanto á causa de su importancia, como tambien para librarse á sí mismo de toda sospecha (3). «*Demum in Viennensi Concilio controversia definita est magno rei Christianæ bono.*» Estas son las palabras de Rainaldi, á las cuales se puede añadir Ciaconio: y el P. Alejandro se expresa así: «*In hac etiam Synodo Bonifacii VIII memoria vindicata est, declaratumque ipsum fuisse catholicum et legitimum Pontificem* (4).»

(1) Ad annum 1311 n.º 52. Nat. Alexand., tom. 7, pág. 500.

(2) Nat. Alex. an. 1312.

(3) Nat. Alex. an. 1312, n.º 10, 11 y 12.

(4) Id., tom. 7, pág. 501.

Si esto no basta al P. Bertier, que consulte á Martin Polono, la crónica de Francisco Pepin, que se halla en la coleccion de Muratori, y allí encontrará que los agentes del rey de Francia Felipe el Hermoso pidieron al Concilio de parte de su Soberano, se mandase exhumar el cadáver de Bonifacio y quemar públicamente sus huesos como de un hereje, cuya petición fué desechada.

Lo referido es suficiente para juzgar cual de los dos es más verídico, Villani ó el P. Bertier. Aquí se ve claramente que todos los dardos lanzados contra el autor florentino han dado en falso. Que la relacion que hace Villani sobre la eleccion de Clemente V es exacta, que hubo manejos é intrigas para dicha eleccion, y el deseo y fin de complacer al rey de Francia; por último que el P. Bertier ha sospechado, sin fundamento, que la convención de S. Juan de Angeli fué imaginada despues por envidia y para desacreditar á Clemente V.

El apego, condescendencia y concesiones de que el Papa luego de ser elegido dió tantas muestras al rey de Francia, dan mucho que pensar, dice Rainaldi, que hubo indudablemente entre ellos algun pacto ilícito (1). En la conferencia tenida en Poitiers por el mes de junio 1307, Felipe el Hermoso, queriendo comprometer á Clemente para que sin levantar mano procediese contra la memoria de Bonifacio VIII, le recordó no se olvidase del solemne juramento que habia hecho en S. Juan de Angeli; y por cierto que no es solamente Villani quien consigna esto, si que tambien Conrado Vecerius, M. Baillet, Pedro Dupuy y Felix Ossio, quien despues de haber citado á Villani sobre este hecho, añade: «*Placuitque in illius ire sententiam Emilio, Bzovio, Ciaconio et Massono* (2),» á los cuales es necesario añadir S. Antonino de Florencia, de la Orden de Dominicos.

Algunos autores modernos hablan ventajosamente de la Suma histórica de este santo Prelado; pero puede ponerse en duda si la han leído, y además si lo han hecho con atencion. Según Dupin, no es más que una compilacion sacada de muchos-historiadores sin mucho discernimiento; sin embargo vemos que este crítico dice que san Antonino era arzobispo de Nápoles, lo que nos da á pensar que conocia tanto la obra como el autor.

El continuador de Fleury ha copiado las mismas palabras de Dupin: cuesta menos compendiar el trabajo, que examinar la obra que se quiere examinar. Sponde no procede de la misma manera; el compromiso en que se hallaba este sabio analista de enterarse de los autores antiguos, y de confrontar los unos con los otros, le dió ocasion de observar muchas veces la exactitud de san Antonino y la eleccion que ordinariamente habia he-

(1) Año 1305, n.º 5.

(2) Italiae Antiquitates, tom. 6, part. 2, col. 633.

cho para discernir lo verdadero de lo falso, y no mezclar lo cierto con lo dudoso (1).

Solamente la autoridad del Cardenal Napoleon de los Ursinos, uno de aquellos que más contribuyeron á la elevacion de Clemente V, debia haber tenido la pluma del P. Bertier, moderar su celo indiscreto y mal entendido; pero por desgracia hay genios y caracteres que dominados por un sentimiento, no lo abandonan jamás. Dicho Cardenal Napoleon, en una carta que dirigió al rey de Francia despues de la muerte de Clemente V, recuerda una gran parte de las cosas que los autores italianos consignan como desfavorables á la memoria de dicho Pontífice. El crítico del P. Bertier atribuye las quejas y lamentos de aquel Cardenal al resentimiento de no haber tenido bastante parte en los manejos y gobierno de aquel Pontificado; hé aquí lo que se llama esquivar la fuerza de una objecion por medio de una respuesta atrevida y aventurada. La verdad y la justicia no desaprueban jamás los reproches dictados por el descontento, cuando ellos son fundados: los que hace Napoleon de los Ursinos contra Clemente V lo eran demasiado; y los hace en nombre de todos los Cardenales italianos, y en este asunto era su órgano (2).

Se hallan tambien muy marcados estos fundamentos en los otros contemporáneos de Villani, á saber, Martin Minorita, Ventura, el continuador de la Crónica de Asti, Dino Compagni, Florentino, Pipini, Dominico de Bolonia. Albertino Mussati de Pádua dice en estos términos: «*Necessarios suos ferrenti amore dilexit ac ditavit; contra ejus pudicitiam fama laboravit; raras conventus cum confratribus habens, locis abditis abstractus solitarius*» (3).

Y decia el Cardenal Napoleon de los Ursinos á Felipe el Hermoso: «Casi no ha quedado Catedral ó prebenda un poco considerable, que no haya sido vendida á precio de oro, ó distribuida, siguiendo la inclinacion de la carne y sangre. Este Papa nos ha tratado con el último desprecio á nosotros los italianos que le habíamos escogido; con frecuencia despues de haber sentenciado, sin forma de derecho, de elecciones unánimes de personas sin mérito, nos llamaba cuando queria publicar su decreto, como para hacernos un desaire; no obstante prefiero haya cometido estas injusticias sin nuestra participacion.

«¿Cuántas penas mortales no hemos experimentado á vista de esta conducta, yo principalmente á quien mis amigos ultrajan sin cesar por haber sido la causa de este mal? La única cosa capaz de calmar los remor-

(1) Hist. de los hombres ilustres de la Orden de PP. Predicadores.

(2) Vita Pap. Avenion., tom. 2, col. 290 y siguientes.

(3) Tom. 6, part. 2, col. 22.—Italia Antiq., tom. 9, col. 752.

dimientos de mi conciencia es que, al elegirle, yo no tenia otra intencion que los de contribuir al honor de Dios, del Rey y de la Francia; lo que me hace esperar de la misericordia divina que me perdonará, y que tendrá compasion de nosotros (1).»

Si este lenguaje es el de la indignacion, ciertamente que es una indignacion legitima y permitida á los electores que se arrepienten de haber trabajado y contribuido á la elevacion de un sujeto indigno del trono pontificio, y que hacen entender al rey que ellos no temen nada tanto como el caer una vez más en la misma falta.

Despues de estos testimonios, á los cuales seria fácil añadir otros de no menor importancia, es verdaderamente admirable el que aún se tenga el valor de representarnos á Clemente V como un pastor celoso, y como uno de los Pontífices más grandes que han gobernado la Iglesia. Puede perdonarse esta hipérbole á Rainaldi, que no vió los monumentos que hemos alegado, ni tampoco la mayor parte de los historiadores que hemos citado; pero ¿cómo perdonarlo al P. Bertier, el cual ha trabajado sobre la coleccion de Muratori, y consultado los autores que hemos citado?

El P. Bertier se lamenta de la costumbre de condenar á los primeros pastores sobre pruebas que no parecerian muy concluyentes contra personas particulares. Nada más bueno que esta observacion; pero añade, que un autor que escribiese la historia universal de la Iglesia, deberia aplicarse á corregir ideas comunes; á lo que se puede responder que si no está satisfecho de la conducta que se ha tenido en esta ocasion por Baronio, Rainaldi, Bzovio y muchos otros, no es muy fácil ni posible lograr sus deseos. Por lo que será mejor emplear el celo y talento en continuar las *Vindicie Romanorum Pontificum* del italiano Cavalcanti ó del franciscano alemán Heissius.

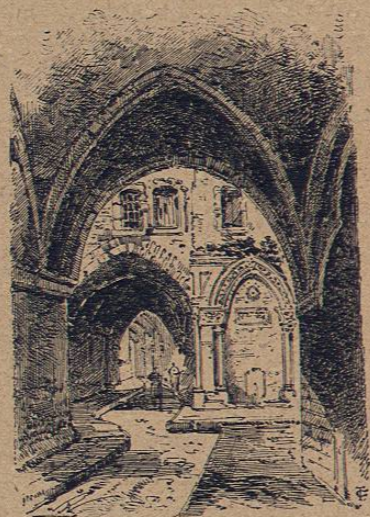
Sin embargo, es necesario que, teniendo cierta prevencion contra las ideas comunes, se haga ver que el respeto no excluye el amor de la verdad; que, tributando homenaje á la grandeza de la dignidad ó del carácter, se es incapaz de una reticencia cobarde, y que se tiene bastante entereza para vituperar los defectos de una persona. Los pueblos acostumbrados á no ver ningun defecto en los retratos de los grandes, que saben son frágiles como ellos, se persuaden que todo lo bueno que se les aplica no es otra cosa que adulacion.

«Por una silenciosa política, dice un autor tan juicioso como elegante, ¿cuánto mal y cuánta injusticia no se hace á la verdad? Tímida y muda en los palacios de los grandes, desechada del resto de los mortales, su único recurso es la altiva y elocuente voz de la historia. Si esta voz es

(1) Vita Pap. Avenion., etc.—Fleury, año 1314, n.º 12.

ahogada por vergonzosos miramientos, ¿cuál será la boca que se abrirá para ilustración del universo? no basta manifestar la virtud bajo colores favorables que la persuadan y hagan amar; es necesario, dice el P. Arce, tener bastante valor para desenmascarar el vicio (1).

(1) Prefacio sobre la historia de la Rochela, pág. XVI.



PRELIMINARES.

Nos parece necesario dar aunque someramente y como quien dice á grandes rasgos, una noticia preliminar de los acontecimientos que precedieron á la gran catástrofe del siglo XIV, para poder así, con más conocimiento de causa, apreciar desapasionadamente su importancia y las consecuencias que de la misma se derivaron. Felipe IV, llamado el Hermoso, ocupó el trono de Francia por la muerte de su padre Felipe el Audaz, acaecida despues de la derrota de su ejército bajo los muros de Gerona (1285), cuando aquel sólo contaba 17 años; y fué consagrado en Reims por su arzobispo Pedro Barbet, el 6 febrero 1286. La educacion de este príncipe habia sido confiada al célebre Giles Colonna, que fué arzobispo de Bourges, autor del libro: «Tratado de educacion para príncipes,» que dedicó á su discípulo; dicho arzobispo asistió al Concilio de Viena y murió en 1316.

El joven monarca descubrió prematuramente sus malos instintos y su voluntad resuelta y absoluta de aumentar su poder y autoridad por medio de la tiranía, y de aspirar á satisfacer su desmedido orgullo y su mal encubierta codicia. Fué el primer rey de Francia que usó en sus di-